

## CAPÍTULO XL.

### BAUTISMO DEL NIÑO BEAUSIRE.

Madama de La Motte se había extraviado en todos sus cálculos. Cagliostro no se engañó en ninguno.

Apenas se hallaba éste en la Bastilla cuando advirtió que por último se le había dado el pretexto de trabajar abiertamente en la ruina de esa monarquía que hacía tantos años minaba sordamente con el iluminismo y los trabajos ocultos.

Seguro de no ser convicto de nada, víctima llegada al desenlace más favorable de sus miras, cumplió religiosamente su promesa hacia todos.

Preparó los materiales de esa famosa carta fechada en Londres que, publicada un mes después de la época á que hemos llegado, fué el primer golpe de ariete aplicado á los muros de la vieja Bastilla, la primera hostilidad de la revolución, el primer choque material que precedió al del 14 de julio de 1789.

En esa carta en que Cagliostro, después de haber arruinado al rey, á la reina, al cardenal, á los agiotistas públicos, arruinaba á M. de Breteuil, personificación de la tiranía ministerial, nuestro demoledor se expresaba así :

« Sí, lo repito, libre después de haberle creído cautivo, no hay crimen que no sea expiado por seis meses de Bastilla. Todos me preguntan si volveré alguna vez á Francia. Seguramente, he respondido, *con tal que la Bastilla se haya convertido en un paseo publico.* ¡ Quiéralo Dios ! Vosotros los franceses tenéis todo lo que se necesita para ser felices : suelo fecundo, clima dulce, buen corazón, alegría encantadora, genio y gracias propios para todo ; sin iguales en el arte de agradar, sin maestros en los otros, sólo os falta, mis buenos amigos, un pequeño punto : el de estar seguros de dormir en vuestras camas cuando sois intachables. »

Cagliostro había cumplido también su palabra á Oliva.

Esta, por su parte, fué religiosamente fiel, no escapándosele una sola palabra que comprometiese á su protector, no haciendo declaraciones funestas más que para madama de La Motte, y confesando de una manera clara é irrecusable su inocente participación en un chasco dirigido, en su juicio, á un caballero desconocido que le habían designado con el nombre de Luis.

Durante el tiempo trascurrido para los cautivos dentro de su prisión y en los interrogatorios, Oliva no había visto á su querido Beausire ; sin embargo no estaba enteramente abandonada de él, y, como va á verse, tenía de su amante el recuerdo que Dido deseaba cuando decía : ¡ Ah ! si me fuera dado el ver jugar sobre mi regazo un pequeño Ascanio !

En el mes de mayo de 1786, un hombre aguardaba en medio de los pobres sobre las gradas de San Pablo, calle de San Antonio. Estaba inquieto, jadeante, y miraba, sin poder apartar los ojos, en dirección de la Bastilla.

Á su lado vino á colocarse un hombre de barba larga, uno de los criados alemanes de Cagliostro, el que Bálamo empleaba como mayordomo en sus misteriosas recepciones de la calle de San Claudio.

Ese hombre contuvo la fogosa impaciencia de Beausire, diciéndole quedito :

— Aguardad, aguardad, que ya vendrán.

— ¡ Ah ! exclamó el hombre inquieto, ¡ sois vos !

Y como las palabras *ya vendrán* no satisfacían, al parecer, al hombre inquieto, que proseguía gesticulando de un modo particular, el alemán le dijo al oído :

— M. Beausire, vais á meter tanto ruido, que nos verá la policía... Mi amo os había prometido noticias, y yo os las traigo.

— ¡ Dádmelas, dádmelas, amigo mío !

— Más bajo. La madre y el niño siguen bien.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! exclamó Beausire en un arrebató de júbilo imposible de describir. ¡ Ha parido ! ¡ Ha parido !

— Sí, señor ; pero os ruego que os apartéis de aquí.

— ¿ Ha parido una niña ?

— No, señor, un niño.

— ¡ Tanto mejor ! ¡ Oh ! amigo mío, ¡ qué feliz soy ! ¡ qué feliz soy ! Dad expresivas gracias á vuestro amo, y no dejéis de decirle que mi vida y cuanto tengo es suyo...

— Bien, M. Beausire, bien ; ya se lo diré cuando le vea.

— Amigo mío, ¿ por qué no se lo decís inmediatamente ? Pero, tomad estos dos luises.

— Señor, yo no recibo nada sino de mi amo.

— ¡ Ah ! perdonad, pues no quisiera ofenderos.

— Ya lo creo, señor. Pero me decíais...

— ¡ Ah ! os preguntaba por qué me habíais dicho hace un momento : Ya vendrán. ¿ Quiénes son los que vendrán ? si gustáis decirme.

— Quería hablar del cirujano de la Bastilla y de la señora Chopín, comadre, que han asistido á mademoiselle Oliva.

— ¿ Y vendrán aquí ? ¿ para qué ?

— Para que bauticen al niño.

— ¡ Voy á ver á mi hijo ! exclamó Beausire saltando como un convulso. ¿ Decís que voy á ver al hijo de Oliva, aquí, dentro de un momento ?...

— Aquí, dentro de un momento ; pero os suplico que os moderéis, sino los dos ó tres agentes de M. de Crosne que estoy seguro se ocultan bajo los harapos de estos mendigos, os descubrirán y adivinarán que habéis estado en comunicación con el preso de la Bastilla, y os perderéis y comprometeréis á mi amo.

— ¡ Oh ! exclamó Beausire con la religión del respeto y la gratitud ; ¡ antes morir que pronunciar una sílaba que perjudique á mi bienhechor ! Me ahogaré, si preciso es, pero no diré nada... ¡ No vienen !...

— Paciencia.

Beausire se acercó de nuevo al alemán y le preguntó juntando las manos :

— ¿ Está ella algo contenta allá ?

— Muy contenta, respondió el otro. ¡ Oh ! ahí viene un fiacre.

- Sí, sí.
- Se para.
- Trae alguna cosa blanca, encaje...
- La falda del recién nacido.
- ¡ Dios mío !

Y Beausire tuvo que apoyarse contra una columna para no tambalearse cuando vió salir del fiacre á la partera, el cirujano y un llavero de la Bastilla, que hacía el oficio de testigo en esta ceremonia.

Al pasar estos tres personajes, los pobres se agitaron y ganguearon sus lamentables reclamaciones.

Entonces ¡ cosa extraña ! se vió al padrino y á la madrina pasar dando codazos á aquellos miserables mientras un extraño les distribuía sus monedas de cobre y plata llorando de gozo.

Luego, habiendo entrado en la iglesia el pequeño acompañamiento, Beausire entró detrás y fué con los clérigos y los fieles curiosos á buscar el mejor puesto de la sacristía, donde iba á administrarse el sacramento del bautismo.

El sacerdote, reconociendo á la partera y al cirujano, quienes habían recurrido muchas veces á su ministerio en iguales casos, les dirigió un saludo amistoso acompañado de una sonrisa.

Beausire saludó y sonrió con el sacerdote.

Entonces cerróse la puerta de la sacristía, y el sacerdote, tomando su pluma, principió á escribir en su registro las frases sacramentales que constituyen la partida de bautismo.

Quando preguntó el nombre y apellido del niño :

— Es un varón, y no sé nada más, dijo el cirujano.

Y cuatro carcajadas sirvieron de puntuación á estas

palabras, que no parecieron bastante respetuosas á Beausire.

— Debe tener algún nombre, el de un santo cualquiera, añadió el sacerdote.

— Sí, la señorita ha querido se le pusiese el nombre de Santos.

— ¡ Entonces nos los encaja todos ! replicó el sacerdote, riendo de este juego de palabras, lo cual llenó la sacristía de una nueva hilaridad.

Beausire principiaba á perder la paciencia, pero le contenía aún la prudente influencia del alemán.

— Pues bien, dijo el sacerdote ; con ese nombre, con todos los santos por patronos, bien se puede pasar sin padre. Escribamos : « Hoy se nos ha presentado un niño nacido ayer en la Bastilla, hijo de Nicole Oliva Legay, y de... padre desconocido. »

Beausire se lanzó furioso al lado del sacerdote y retenéndole la muñeca con fuerza, exclamó :

— ¡ Santos tiene un padre, como tiene una madre ! Tiene un padre tierno que no negará su sangre. Os ruego que escribáis que Santos, nacido ayer de la señorita Nicole Oliva Legay es hijo de Juan Bautista Santos de Beausire, aquí presente !

¡ Júzguese del asombro del sacerdote, del padrino y la madrina !

El primero dejó caer la pluma, y faltó poco para que el niño cayese de los brazos de la partera.

Beausire lo recibió en los suyos, y cubriéndole de ardientes besos, dejó caer sobre la frente del pobre niño el primer bautismo, el más sagrado en este mundo después

del instituido por Dios, el bautismo de las lágrimas paternales.

Los asistentes, á pesar de su costumbre de las escenas dramáticas, y del escepticismo ordinario en los verdaderos volterianos de aquella época, quedaron enternecidos, y sólo el sacerdote conservó su sangre fría, y puso en duda esa paternidad, tal vez por el disgusto de principiar de nuevo su partida de bautismo.

Pero Beausire, adivinando la dificultad, puso en la pila bautismal tres luises de oro que, mucho mejor que sus lágrimas, establecieron su derecho de padre é hicieron brillar su buena fe.

El sacerdote saludó, recogió las setenta y dos libras y tachó las dos frases que acababa de escribir en su registro.

— Sólo que, dijo, como la declaración del cirujano de la Bastilla y de la señora Chopín había sido formal, tendréis á bien, caballero, escribir vos mismo y certificar que sois el padre de este niño.

— ¡Yo! exclamó Beausire en el colmo de la alegría: ¡escribiría con mi sangre!

Y cogió la pluma con entusiasmo.

— ¡Tened cuidado! le dijo bajito el llavero Guyón, que no había olvidado su papel de hombre escrupuloso. Yo creo, querido señor, que vuestro nombre suena mal en ciertos parajes; y es peligroso escribirlo en registros públicos con una fecha que prueba vuestra presencia á la par que vuestro trato con una acusada.

— ¡Gracias por vuestro consejo, amiguito! replicó Beausire con orgullo; se conoce que viene de un hombre honrado, y vale los dos luises que os ofrezco; pero ¡rene-  
gar el hijo de mi mujer!...

— ¿Es vuestra mujer? exclamó el cirujano.

— ¿Legítima? añadió el sacerdote.

— ¡Que Dios le devuelva la libertad, dijo Beausire, trémulo de placer, y el día siguiente Nicole Legay se llamará de Beausire, como su hijo y como yo!

— ¡Entretanto, os exponéis mucho! repitió Guyón; pues creo que andan buscándoos.

— No seré yo el que os venda, dijo el cirujano.

— Ni yo, dijo la partera.

— Ni yo, añadió el sacerdote.

— Y aun cuando me vendiesen, prosiguió Beausire con la exaltación de los mártires, sufriría hasta el que me enrodasen por tener el consuelo de reconocer á mi hijo!

— Si fuese enrodado, dijo en voz baja á la partera Guyón que se picaba de agudo, no sería por haber dicho que era el padre de Santitos.

Y dicho este gracejo que hizo sonreír á la señora Chopín, se procedió á extender en debida forma la partida de bautismo y el reconocimiento del niño Beausire.

Beausire escribió su declaración en términos magníficos, pero algo pomposos como los de las relaciones de todas las hazañas de que se enorgullece el autor.

La leyó y releyó, puso su puntuación, la firmó y rubricó, é hizo que la firmasen las cuatro personas presentes.

Luego, habiéndolo leído y verificado todo de nuevo, besó á su hijo bautizado en debida forma, le deslizó una docena de luises bajo la falda, le suspendió una sortija al cuello, regalo destinado á la parida, y fiero como Xenofonte durante su famosa retirada, abrió la puerta de la sacristía resuelto á no emplear la menor estratagema, á

no tomar ninguna precaución para evadirse de los esbirros, si había algunos de estos bastante desnaturalizados para prenderle en este momento.

Los grupos de los mendigos no habían dejado la iglesia. Beausire, si hubiese podido mirarlos con ojos más firmes, tal vez habría reconocido entre ellos al famoso Positivo, autor de su desgracia; pero nadie se movió. La nueva distribución que hizo Beausire fué recibida con repetidos ¡Dios os lo pague! y el dichoso padre se escapó de San Pablo con todas las apariencias de un caballero venerado, bendecido y acariciado por los pobres de su parroquia.

En cuanto á los testigos del bautismo, estos se retiraron por su lado y entraron de nuevo en el fiacre, maravillados de esta aventura.

Beausire los acechó desde la esquina de la calle Culture-Sainte-Catherine, los vió subir al coche, envió dos ó tres tiernos besos á su hijo, y cuando su corazón se dilató bastante, cuando el fiacre desapareció, opinó que no se debía tentar á Dios ni á la policía, y corrió á meterse en un lugar de asilo conocido de él solo, de Cagliostro y de M. de Crosne.

Esto quieré decir que también M. de Crosne había cumplido su palabra á Cagliostro, no mandando inquietar á Beausire.

Cuando el niño entró en la Bastilla y la señora Chopin contó á Oliva tantas aventuras sorprendentes, ésta, metiéndose en su dedo del medio la sortija de Beausire, se echó á llorar también, y besando á su hijo á quien buscaban ya una nodriza, dijo:

— No; Gilberto, discípulo de M. Rousseau, pretendía que toda buena madre debe criar á su hijo; yo criaré el mío, pues á lo menos quiero ser una buena madre.

## CAPÍTULO XLI.

### EL BANQUILLO DE LOS ACUSADOS.

Por último, al cabo de largos debates, había llegado el día en que el fallo del tribunal del parlamento iba á ser provocado por las conclusiones del fiscal de S. M.

Los acusados, excepto M. de Rohán, habían sido trasladados á la Conserjería para estar más cerca de la sala de audiencia que se abría todas las mañanas á las siete.

Ante los jueces presididos por el primer presidente de Ali-gre, el continente de los acusados había sido siempre el mismo que durante el sumario.

Oliva franca y tímida; Cagliostro tranquilo, superior, y á veces radiante de ese esplendor místico que él se complacía en afectar; Villette, avergonzado, cabizbajo y llorando; Juana, insolente, con ojos chispeantes, amenazante siempre y venenosa; el cardenal, sencillo, pensativo, atacado de atonía.

Juana había adquirido pronto los hábitos de la Conserjería y cautivado con sus caricias melosas y sus secretillos la simpatía de la conserje de la cárcel, de su marido y de su hijo.

De ese modo había hecho su vida más llevadera y las comunicaciones más libres: el mono necesita siempre más plaza que el perro, el intrigante más que el de índole pacífica.

Los debates nada de nuevo revelaron á la Francia, pues versaban sobre el mismo collar robado con audacia por una ú otra de las dos personas á quienes se acusaba y que se acusaban recíprocamente. De consiguiente el proceso tenía por objeto el decidir quién de las dos era el verdadero ladrón.

Ese espíritu que arrastra siempre los franceses á los extremos, y con especialidad en aquella época, había engertado otro proceso sobre el verdadero: se trataba de saber si la reina había tenido razón en hacer prender al cardenal y acusarle de temerarios desacatos.

Para todo el que raciocinaba en política, este anejo del proceso constituía la causa verdadera. ¿Había creído M. de Rohán poder decir á la reina lo que le había dicho, obrar en su nombre como lo había hecho? ¿había sido el agente secreto de María Antonieta, agente reprobado tan luego como había causado escándalo? En una palabra, en esa causa incidental ¿había el inculpado cardenal obrado de buena fe, como un confidente íntimo, respecto de la reina?

Si había obrado de buena fe, la reina era culpable de todas esas intimidades, aun inocentes, que ella había negado, y que madama de La Motte insinuaba haber existido. Y luego, como total á los ojos de la opinión que no guarda

ningún miramiento, ¿eran inocentes unas intimidades que tiene uno que negar á su marido, á sus ministros y á sus súbditos?

Tal es el proceso que las conclusiones del fiscal de S. M. iban á dirigir hacia su objeto, hacia su moral.

El fiscal de S. M. tomó la palabra; como órgano de la corte, hablaba en nombre de la dignidad real desconocida, ultrajada, y abogaba por el principio inmenso de la inviolabilidad real.

El fiscal entraba en el proceso real respecto de ciertos acusados, tomando cuerpo á cuerpo el proceso incidental respecto del cardenal. No podía admitir que en este negocio del collar pudiese la reina asumir sobre sí un cargo, uno solo; si ninguno pesaba sobre ella, todos recaían sobre el cardenal.

De consiguiente concluyó pidiendo inflexiblemente:

La condenación á presidio para Villette; la condenación de Juana de La Motte á ser marcada, azotada y encerrada perpetuamente en el hospital; que se declarase no haber méritos para proceder contra Cagliostro; la absolución pura y simple de Oliva; y que se obligase al cardenal á confesar había cometido una temeridad ofensiva hacia la majestad real, confesión en cuya virtud debía ser desterrado de la presencia del rey y de la reina, y despojado de todos sus cargos y dignidades.

Esta acusación del cardenal llenó al parlamento de indecisión y á los acusados de terror. En ella se explicaba la voluntad real con tal fuerza, que, á haber vivido un cuarto de siglo antes, aunque ya entonces habían principiado los parlamentos á sacudir el yugo y reivindicar sus prerrogativas, esas conclusiones del fiscal habrían quedado atrás

del celo y del respeto de los jueces hacia el principio, venerado aún, de la infalibilidad del trono.

Pero sólo catorce consejeros adoptaron la opinión completa del fiscal, y desde entonces se introdujo la división en la asamblea.

Se procedió al último interrogatorio, formalidad casi inútil con semejantes acusados, puesto que tenía por objeto el provocar confesiones antes de la sentencia, y que no había paz ni tregua que pedir á unos adversarios encarnizados que hacía tanto tiempo estaban en lucha, y que pedía menos su propia absolución que la condenación de la parte contraria.

Era costumbre que el acusado compareciese ante sus jueces sentado en un banquillo de madera, humilde, bajo, vergonzoso, y deshonorado por el contacto de los acusados que de ese asiento habían pasado al cadalso.

El falsario Villette fué á sentarse en ese banquillo, pidiendo perdón con sus lágrimas y sus súplicas; declaró todo lo que es ya sabido, esto es que era culpable de falsificación, de complicidad con Juana de La Motte, y manifestó que su arrepentimiento y sus remordimientos eran ya para él un suplicio capaz de desarmar á sus jueces.

Este acusado no excitaba interés en nadie. pues no era ni parecía otra cosa que un tunante. Despedido por el tribunal, se volvió llorando á su cuarto de la Conserjería.

Después de él pareció á la entrada de la sala madama de La Motte conducida por el secretario Fremyn. Venía vestida con una manteleta, una camiseta de linón batista, y un gorro de gasa sin cintas, cubriéndole la cara una especie de gasa blanca, y trayendo los cabellos sueltos. Su presencia hizo una viva impresión en la asamblea.

Juana acababa de sufrir el primero de los ultrajes á que estaba reservada : la habian hecho pasar por la pequeña escalera como los criminales vulgares.

El calor de la sala, el ruido de las conversaciones y el movimiento de las cabezas que ondulaban de todos lados, principiaron á turbarla ; sus ojos vacilaron un momento como para habituarse á las miradas de todo aquel gentío.

Entonces el mismo secretario que la llevaba de la mano, la condujo con bastante viveza al banquillo, colocado en el centro del semicírculo y semejante á ese madero siniestro á que llaman tajo cuando se coloca sobre un cadalso en vez de colocarlo en una sala de audiencia.

Á la vista de aquel asiento infamante que le destinaban, á ella que estaba orgullosa de llamarse Valois y de tener en sus manos el destino de una reina de Francia, Juana de La Motte palideció, echó en derredor de sí una mirada colérica como para intimidar á los jueces que tal ultraje le hacían, pero al encontrar por todas partes voluntades firmes, y curiosidad en vez de misericordia, contuvo su indignación furiosa, y se sentó para no tener el aire de caer sobre el banquillo.

Se notó en los interrogatorios, que Juana daba á sus respuestas toda la vaguedad de que los adversarios de la reina pudieran sacar más ventajas para defender su opinión ; no precisó nada más que las aseveraciones de su inocencia, y forzó al presidente á dirigirle una pregunta sobre la existencia de aquellas cartas que ella decía dirigidas por el cardenal á la reina, igualmente que de las que suponía escritas por la reina al cardenal.

En la respuesta á esta pregunta iba á derramarse todo el veneno de la serpiente.

Juana principió por protestar de su deseo de no comprometer á la reina, añadiendo que nadie mejor que el cardenal podía responder á la pregunta.

— Invítadle, dijo, á que presente esas cartas ó su copia, para par lectura de ellas, y satisfacer vuestra curiosidad. En cuanto á mí, yo no podré afirmar si esas cartas son del cardenal á la reina, ó de la reina al cardenal ; hallo las unas demasiado libres y familiares para ser de una soberana á un súbdito ; y hallo las otras demasiado irreverentes, para ser escritas por un súbdito á una reina.

El profundo y terrible silencio que acogió este ataque, debió probar á Juana que no había inspirado más que horror á sus enemigos, espanto á sus partidarios, y desconfianza á sus jueces. La condesa no dejó el banquillo sino con la dulce esperanza de que el cardenal se sentaría en él como ella, pues esta venganza la satisfacía en cierto modo. Pero, ¡ cuál no fué su asombro, cuando al volverse para contemplar por última vez aquel asiento de oprobio en que ella forzaba á un Rohán á sentarse después de ella, no vió ya el banquillo, que, á una orden del tribunal, los porteros habían hecho desaparecer reemplazándolo con un sillón !

Un rugido de rabia se exhaló de su pecho, saltó fuera de la sala, y se mordió las manos con frenesí.

Su suplicio principiaba. El cardenal se adelantó lentamente á su vez. Acababa de apearse de una carroza, y se había abierto para él la puerta principal.

Acompañábanle dos ujieres y dos escribanos, y á su lado venía el gobernador de la Bastilla.

Á su entrada salió de los bancos del tribunal un prolongado murmullo de simpatía y respeto, al que respondió de

fuera una fuerte aclamación: era el pueblo que saludaba al acusado y le recomendaba á sus jueces.

El príncipe Luis estaba pálido y muy conmovido. Vestido de un ropaje de ceremonia, se presentaba con el respeto y la condescendencia debidos á unos jueces por el acusado que acepta su jurisdicción y la invoca.

Se mostró el sillón al cardenal cuyos ojos temían dirigirse hacia aquel recinto, y habiéndole dirigido el presidente un saludo y una palabra alentadora, todo el tribunal le rogó que se sentase con una benevolencia que aumentó la palidez y la emoción del acusado.

Cuando éste tomó la palabra, su trémula voz, entrecortada por suspiros, sus ojos turbados y su actitud humilde excitaron hondamente la compasión del auditorio. El cardenal se explicó lentamente, presentó excusas más bien que pruebas, súplicas más bien que razones, y parándose de súbito, él, hombre elocuente y fecundo, produjo con esa parálisis de su talento y de su valor un efecto más poderoso que todas las defensas y todos los argumentos.

En seguida compareció Oliva: la pobre joven encontró el banquillo. Muchos fueron los que se estremecieron al ver aquella imagen viva de la reina en el vergonzoso asiento que Juana de La Motte había ocupado; aquella fantasma de María Antonieta, reina de Francia, en el banquillo de las ladronas y los falsarios, espantó á los más ardientes perseguidores de la monarquía. Pero este espectáculo también engolosinó á algunos, á la manera de la sangre que se da á probar al tigre.

En todas partes se decía que la pobre Oliva acababa de dejar en la secretaría á su hijo, que ella criaba, y cuando se abría la puerta, los lloros del hijo de Beausire venían á abogar dolorosamente en favor de su madre.

Después de Oliva compareció Cagliostro, el menos culpable de todos, y no se le mandó sentarse, á pesar de que se había conservado el sillón al lado del banquillo.

El tribunal temía la defensa de Cagliostro, y para cubrir el expediente, se hizo una apariencia de interrogatorio, cortado por el *¡está bien!* del presidente d'Aligre.

Entonces el tribunal declaró vista la causa, y que principiaba la deliberación. El gentío se retiró lentamente por las calles y los muelles, prometiéndose volver de noche para oír la sentencia que, decían, no tardaría en pronunciarse.

## CAPÍTULO XLII.

## DE UNA REJA Y UN ABATE.

Terminados los debates, después del interrogatorio y las emociones sobre el banquillo, todos los presos fueron encerrados por esa noche en la Conserjería.

El gentío, como hemos dicho, fué por la noche á apostarse en grupos silenciosos, aunque animados, en la plaza del Palacio de Justicia, para recibir la noticia de la sentencia al punto que ésta se diese.

En París ¡cosa extraña! los grandes secretos son precisamente los que conoce la muchedumbre antes que hayan sido desenvueltos completamente.

El gentío aguardaba, pues, saboreando regaliz anisada, cuyo primer alimento hallaban sus vendedores ambulantes bajo el Primer arco del Puente del Cambio.

Hacia calor, las nubes de junio rodaban pesadamente unas sobre otras como unos penachos de espeso humo, y allá en el horizonte brillaba el cielo con unos fuegos pálidos y reiterados.

Mientras que el cardenal, á quien habían acordado la gracia de pasearse sobre las azoteas que unen los torreones, hablaba con Cagliostro del éxito probable de su mutua defensa; mientras que Oliva, en su celdilla, acariciaba á su hijo y le mecía en sus brazos; y mientras que Reteau, en la suya, con ojos enjutos y las uñas en los dientes, contaba mentalmente los escudos prometidos por M. de Crosne y los oponía como un total á los meses de cautiverio que le prometía el parlamento; durante este tiempo, decimos, Juana, retirada en el cuarto de la conserje, madama Hubert, trataba de distraer su ardiente espíritu con un poco de ruido, con algo de movimiento.

Aquel cuarto, alto de techo, espacioso como una sala, embaldosado como una galería recibía la luz por una gran ventana en ojiva que daba sobre el muelle. Los pequeños vidrios de esta ventana interceptaban la mayor parte de la luz, y como si aun en ese cuarto habitado por personas libres, se hubiese debido espantar á la libertad, una enorme reja de hierro aplicada por la parte exterior aumentaba la obscuridad de los vidrios por las juntas de las barras y los plomos que encajonaban cada losange de vidrio.

Por lo demás, la luz tamizada por aquella doble criba estaba como dulcificada para los ojos de los presos, no teniendo nada de esa irradiación insolente del sol libre, y no siendo de tal naturaleza que pudiese ofender á los que no podían salir. En todas estas cosas, aun en las malas hechas por el hombre, si el tiempo, este balanceador intermedio

entre el hombre y Dios, ha pasado por encima, hay armonías que mitigan y permiten una transición entre el dolor y la sonrisa.

En esa sala, era donde desde su reclusión en la Conserjería pasaba madama de La Motte todo el día en compañía de la conserje, de su hijo y su marido. Hemos dicho que tenía un genio flexible, un carácter seductor; de consiguiente había sabido inspirar afecto á estas gentes, y había hallado el medio de probarles que la reina era una grande culpable. Debía llegar un día en que en esa misma sala otra conserje, compadecida también de las desgracias de una presa, la había de creer inocente al verla sufrida y bondadosa, ¡ y esta presa sería la reina !

Iba pues madama de La Motte (ella misma lo dice) á olvidar en la sociedad de esa conserje y sus conocidos las ideas melancólicas, pagando así con su buen humor las complacencias que se le dispensaban. Ese día (el de la vista de la causa), cuando Juana volvió al lado de aquellas buenas gentes, las halló pensativas é inquietas.

El menor cambio no pasaba desapercibido de esta mujer sagaz, á quien un nada inspiraba esperanza y que se alarmaba con todo. En vano trató de arrancar la verdad á madama Hubert, pues ésta y su familia se encerraron en generalidades triviales.

Ese día, decimos, percibió Juana al lado de la chimenea á un abate comensal intermitente de la casa. Era un antiguo secretario del preceptor del conde de Provenza, hombre de modales sencillos, cáustico con mesura, conocedor de la corte y que, alejado hacía largo tiempo de la casa de madama Hubert, había vuelto á frecuentarla desde la llegada de madama de La Motte á la Conserjería.

Había también allí dos ó tres empleados superiores del Palacio de Justicia; miraban mucho á madama de La Motte y hablaban poco.

Juana tomó la iniciativa alegremente, diciendo:

— Estoy segura de que arriba están hablando con más calor que nosotros aquí.

Á esta provocación sólo respondió un débil murmullo de asenso escapado al conserje y á su mujer.

— ¿Arriba? repitió el abate, afectando ignorancia. ¿En dónde, señora condesa?

— En la sala donde están deliberando nuestros jueces, replicó Juana.

— ¡Oh! sí, sí, dijo el abate.

Y volvieron todos á quedar silenciosos.

— Creo, dijo Juana, que mi actitud de hoy ha hecho buen efecto. Debéis saber eso ya, ¿no es verdad?

— Sí, señora, dijo tímidamente el conserje.

Y se levantó como para cortar la conversación.

— ¿Y qué opináis vos, señor abate? repuso Juana. ¿Acaso no presenta buen aspecto mi causa? Reflexionad que no se alega ninguna prueba contra mí.

— Es verdad, señora, respondió el abate. Por lo mismo debéis tener buenas esperanzas.

— ¿No es verdad? exclamó Juana.

— Sin embargo, añadió el abate, suponed que el rey...

— Y bien; ¿qué puede hacer el rey? dijo Juana con vehemencia.

— Señora, el rey puede no querer que se le desmienta.

— Entonces haría condenar á M. de Rohán, y eso es imposible.

— Verdad es que es difícil, respondieron todos.

— Y en esta causa, quien dice M. de Rohán, dice yo, se apresuró á decir Juana.

— ¡ No, no ! repuso el abate. Vos os hacéis ilusiones, señora. Habrá un acusado absuelto... Yo creo y espero que seréis vos ; pero no habrá más que uno. El rey necesita un culpable ; de otro modo, ¿ qué sería de la reina ?

— ¡ Es verdad ! dijo con voz sorda Juana, mortificada de que la contradijesen aun sobre una esperanza que ella no hacía más que aparentar. El rey necesita un culpable. Pues bien ; entonces M. de Rohán es tan bueno como yo para eso.

Dichas estas palabras todós guardaron un silencio espantoso para la condesa.

El abate fué el primero que lo rompió, diciendo :

— Señora, el rey no guarda rencor, y una vez satisfecha su primera cólera, no pensará ya en lo pasado.

— Pero, ¿ á qué llamáis una cólera satisfecha ? preguntó Juana con ironía. Nerón tenía sus cóleras como Tito las suyas.

— Una condenación .. cualquiera, es una satisfacción, se apresuró á decir el abate.

— ¡ Cualquiera !... exclamó Juana. ¡ Es una palabra espantosa ! ; Es muy vaga ! ; Cualquiera, es decirlo todo !

— ¡ Oh ! yo sólo hablo de una reclusión en un convento, replicó friamente el abate ; según las voces que corren, esa es la idea que el rey habría adoptado con más gusto respecto de vos.

Juana miró á este hombre con un terror que fué luego reemplazado por la más furiosa exaltación.

— ¡ La reclusión en un convento ! dijo Juana. ¡ Es decir, una muerte lenta, ignominiosa por sus detalles, una muerte feroz que parecerá un acto de clemencia !... La reclusión en el *in pace*, ¿ no es verdad ? ¡ Las torturas del hambre, del frío, de las correcciones ! ; No, basta de suplicios, basta de vergüenza, basta de desgracia para la inocencia cuando la culpable es libre, poderosa y honrada ! ¡ La muerte en seguida, pero la muerte que yo escoja ! déjese el libre arbitrio de castigarme por haber nacido en este mundo infame !

Y sin escuchar las reflexiones ni los ruegos, sin sufrir que la detuviesen, repeliendo al conserje, echando al suelo al abate, y separando á madama Hubert, corrió á un aparrador á coger un cuchillo.

Estas tres personas lograron impedirselo ; entonces echó á correr como una pantera inquietada, pero no espantada por los cazadores, y dando aullidos de una cólera demasiado ruidosa para ser natural, se lanzó á un gabinete contiguo á la sala, y allí, levantando un enorme jarrón de porcelana en que vegetaba un rosal mustio, se golpeó con él la cabeza repetidas veces.

El jarrón se despedazó, dejando un pedazo en las manos de esta furia, y se vió correr la sangre por su frente de las aberturas que se había hecho en la piel. La conserje se arrojó llorando á sus brazos ; la sentaron en un sillón, y la inundaron de agua de olor y vinagre, pues se había desmayado después de espantosas convulsiones.

Cuando volvió en sí, el abate creyó que iba á ahogarse.

— ¡ Mirad ! dijo. Esta reja intercepta la luz y el aire. ¿ No se podría hacer que esta pobre mujer respirase un poco ?

Entonces madama Hubert, sin cuidarse de nada, corrió á un armario que estaba cerca de la chimenea, sacó una llave que le sirvió para abrir aquella reja, y al punto se inundó de aire y de vida el aposento.

— ¡ Ah ! dijo el abate, no sabía que esta reja se abría con llave. ¿ Para qué son tantas precauciones, Dios mío ?

— ¡ Así nos está ordenado ! respondió la conserje.

— Sí, lo comprendo, añadió el abate con señalada intención ; esta ventana sólo dista como unos siete pies del suelo, y da sobre el muelle. Si ocurriese que algunos presos se escapasen del interior de la Conserjería, pasando por vuestra sala hallarían la libertad sin haber tropezado con ningún llavero ni centinela.

— Precisamente, dijo la conserje.

El abate notó al soslayo que madama de La Motte había oído y comprendido, que hasta se había estremecido, y que al punto que recogiera las palabras del abate, había dirigido la vista al armario cerrado solamente por un botón de cobre, donde la conserje encerraba la llave de la reja.

El abate no necesitaba más ; su presencia no parecía ya útil allí y se despidió.

Sin embargo, volviendo atrás como los personajes de teatro que hacen una falsa salida, dijo :

— ¡ Cuánta gente hay en la plaza ! Toda la multitud se agolpa con tal furia hacia ese lado del palacio, que no hay una alma en el muelle.

El conserje se asomó á la ventana, y dijo :

— Es verdad.

— ¿ No se cree que se pronunciará la sentencia esta

noche ? No, ¿ no es verdad ? prosiguió el abate afectando siempre que madama de La Motte no podía oírle, aunque le oía perfectamente.

— No supongo que se pronuncie hasta mañana por la mañana, dijo el conserje.

— Pues bien, añadió el abate ; tratad de dejar que descanse un poco esta pobre madama de La Motte, pues después de tantos sacudimientos debe necesitarlo bien.

— Nos retiraremos á nuestro cuarto, dijo el honrado conserje á su mujer, y dejaremos aquí en el sillón á esta señora, á menos que quiera meterse en la cama.

Juana, incorporándose, encontró los ojos del abate que espíaban su respuesta, y fingió quedarse dormida.

Entonces desapareció el abate, y el conserje y su mujer se retiraron también después de haber cerrado suavemente la reja y puesto la llave en el armario.

Juana abrió los ojos tan luego como se vió sola.

— ¡ El abate me aconseja la fuga ! pensó. ¿ Puede indicárseme más claramente la necesidad de la evasión y el medio de realizarla ? El amenazarme con una condenación antes de la sentencia de los jueces, es propio de un amigo que quiere impelerme á recobrar la libertad ; eso no puede ser de un bárbaro que me insulta.

Para fugarme, no tengo más que dar un paso ; abro este armario, luego esa reja, y me hallo en el muelle desierto.

¡ Desierto, sí !.. Nadie hay en él ; la misma luna se oculta en los cielos.

¡ Huir !... ¡ Oh, la libertad ! la dicha de recobrar todas

mis riquezas... la ventura de hacer á mis enemigos todo el mal que ellos me han hecho!

En esto lanzóse al armario y cogió la llave; acercábase ya á la cerradura de la reja, cuando de súbito creyó ver sobre la línea negra del parapeto del puente una forma negra que cortaba su uniforme regularidad.

¡ Hay allí un hombre en la obscuridad! dijo. Puede que sea el abate que vela por mi evasión y me aguarda para prestarme socorro. Sí; ¿pero si fuese cogida, sorprendida en fragante delito de evasión?... ¡ La evasión es la confesión del crimen, ó al menos la confesión del miedo! ¡ Quien se evade huye ante su conciencia!... ¿ De dónde vendrá ese hombre?... Parece adicto al conde de Provenza... ¿ Quién me dice que no es un emisario de la reina ó de los Rohán?... ¡ Qué caro se pagaría por esos un paso falso de mi parte!... ¡ Sí, allí hay alguno acechándome!...

¡ Hacerme huir algunas horas antes de la sentencia!... ¿ No podían hacerlo antes si hubiesen querido servirme verdaderamente? ¡ Dios mío! ¿ quién sabe si no ha llegado ya á mis enemigos la noticia de mi absolución resuelta en el consejo de los jueces? ¿ quién sabe si no quieren parar este golpe terrible para la reina, con una prueba ó confesión de mi culpabilidad? La confesión, la prueba sería mi fuga. ¡ Me quedo!

Desde este momento, Juana quedó convencida de que acababa de salvarse de un lazo. Se sonrió, irguió su cabeza astuta y atrevida, y fué con paso seguro á poner la llave de la reja en el armario.

Luego, volviendo á sentarse en el sillón entre la luz y la ventana, observó de lejos, aunque fingiendo estar dormida la sombra de aquel hombre que acechaba y que, sin duda

cansado de esperar, acabó por levantarse y desaparecer con los primeros albores del día, á las dos y media de la mañana, cuando ya los ojos principiaban á distinguir el agua del río.